

riendo, y temo la cornada/ de tu momento, muerte» (*Ibid.*). En su auto sacramental, *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, Hernández dirá: «Estoy queriendo la vida/ y deseando la muerte»²⁴. Desde otro lado, el poeta, como si se estuviera acercando a sí mismo, ve la solución a su naturaleza pecaminosa en la fe, fe en Dios y no necesariamente en sus esfuerzos personales. Para lograr la fe, ha tenido que desatender el cuerpo; no se necesitan ni los ojos. Hernández ve que para superar lo humano, para trascender lo carnal, sería mejor estar ciego: «Los que ven, no te vemos:/ mucho mejor, a oscuras,/ ¡la fe!, te ven los ciegos» («ECLIPSE-celestial»).

Como medio para enfrentarse con la crisis espiritual, el poeta, probablemente siguiendo los principios de Sijé, adopta una actitud severa de «ascetismo y vencimiento personal», en un intento por superar lo humano. Esta actitud está de acuerdo con la que proporciona también fray Luis de Granada como medio importante para superar el pecado: el ayuno, es decir, la desatención al cuerpo, y la oración, que define como «el juego del alma»²⁵. Pero, ¿es eficaz el intento poético de superar la problemática espiritual de la impureza? En «DE MAL-en peor», Hernández describe cómo el pecado original le preparó la condición permanente de ir de lo malo hacia lo peor, hacia un destino trágico de peores tentaciones. El poeta no logra superar el pecado por haberse entregado tanto a la culpabilidad derivada del pecado original.

Bienherido estoy: me hirió
quien me hirió y se hirió, y quedé
tan bien malherido, que
no puedo curarme, no,
hasta que a su lado esté²⁶

declara en *Quién te ha visto...* Sin embargo, queda algo de esperanza y bondad al alcance del vagabundo, si es que el poeta puede aprovecharlo. Hernández llega a identificarse a sí mismo como imagen de Dios; ve dentro de sí al dios que tanto busca y, por tanto, considera que lo mejor que puede hacer es recurrir al propio ser:

Te veo en todo lado y no te encuentro,
y no me encuentro en nada;
te llevo dentro, y no, me llevo dentro,
¡ay! vida mutilada...
(«CÁNTICO-corporal»)

El conflicto creado por esta búsqueda de sí mismo hace más difícil el empeño, porque hasta que llegue a la fase de la autopurificación absoluta, es decir, hasta que renuncie por completo al pecado, no podrá estar en paz espiritual consigo. Aunque el poeta tiene conocimiento de este hecho, la solución sigue escapándosele a causa del conflicto que siempre sufre dentro de sí, del conflicto que hay entre él y su alma («yo, dios y adán»); el deseo de vivir, pero también de morir; su afán por la pureza del alma, pero llevando un cuerpo pecador; su amor al invierno, pero su odio a la sequía; su odio a la primavera, pero su amor a la lluvia; su odio a la impiedad, pero

²⁴ OC, pág. 578.

²⁵ El gallo crisis, Núm. 2, pág. 4.

²⁶ OC, pág. 579.

su obsesión por el sexo. Esta es la división psíquica que sufre Hernández, y es esta situación la que permitirá que triunfe el pecado a través de su poesía. Lo que, sin embargo, nos sorprende es que en todo este gran empeño poético por alcanzar la pureza y unirse con Dios, Hernández olvide un hecho fundamental de la religión cristiana: la misericordia de Dios, según está manifiesta en *Romanos 6: 14*. Hernández desconoce que la salvación no se consigue llorando por nuestro origen pecaminoso, sino que la unión se restaura tomando cuenta de la esperanza, no la desesperación, que nació en la resurrección de Jesucristo. Pero quizá la sorpresa disminuya si consideramos el hecho de que Hernández tuvo poca educación sistematizada. Probablemente no leía la Biblia y claro está que su noción de los conceptos bíblicos viene impuesta, en gran parte, por la enseñanza católica.

Después de los poemas sueltos (1933-34), el poeta abandona el elemento religioso, el sello católico, pero es imprescindible reconocer que no desaparece la preocupación «pecaminosa», aunque luego ya no se fundamenta en una crisis religiosa, sino vital. Tras la etapa trascendente, hay una evolución artística del tema de pecado: pecado llega a ser sangre²⁷. El valor de la sangre que encuentro pertinente aquí —tiene varias connotaciones— es su característica de herencia: de la misma manera que se hereda el pecado, así se hereda la sangre. Este paso de lo metafísico a lo biológico no es una mera suposición basada en la evolución de la imagen ni del lenguaje. La sangre como nuevo término de pecado se hace patente ya en *Quién te ha visto..* En esta obra, «Hombre» dirige dos parlamentos, uno a «Deseo» y, luego, otro a «Carne». Le dice a «Deseo»:

...Quiero ponerme atento
al cielo, a lo infinito;
dedicarme a la altura,
como el viento,
con un sosiego libre de apetito²⁸.

Y lo que le dice a «Carne» es:

Lo que quiero tener bajo las sienes:
¡razón!, razón de sobra
para no equivocarme luego a luego,
y en vez de sangre un poco de sosiego²⁹.

En estos fragmentos podemos ver que se establece un claro vínculo entre sangre y pecado: el Apetito, como antítesis del Sosiego, crearía el Desasosiego:

Apetito (a) = Desasosiego (b)

La sangre es la antítesis de Sosiego, luego, la Sangre también conduciría a Desasosiego:

Sangre (c) = Desasosiego (b)

Por lo tanto:

$$a + b = c + b : a = c$$

O sea,

Apetito = Sangre

²⁷ Es un gran tema de la poesía hermandiana la conversión de pecado en sangre. No me propongo aquí profundizar en dicho tema sino hacer sólo una referencia a la evolución del pecado más allá de la fase religiosa.

²⁸ OC, pág. 541.

²⁹ OC, pág. 543.

Y ya hemos visto que el apetito (deseo) es considerado como pecado; así pues, los tres términos, según la visión hernandiana, son lo mismo:

Apetito = Sangre = Pecado

Aplicando a nuestro propósito todo lo dicho anteriormente, es decir, a la presentación del motivo del pecado, podría afirmarse que las coordenadas religiosas de la vida de Hernández desempeñan un papel central en el desarrollo temático de su poesía, y que el ascetismo católico que exaltaba *El gallo crisis* llegó a fortalecer ese combate agónico que empezó a registrarse en la poesía hernandiana. Este combate, que luego recorrerá la poesía entera, nace de una conciencia angélica que se centra en la impureza espiritual a causa del pecado original. Nuestro poeta entra en un conflicto abatido porque su aspiración de alcanzar la pureza choca siempre con su culpabilidad a causa del pecado. Este debate interior se manifiesta constantemente, pero lo que cambia será la manera de expresarlo, será una cuestión de terminología. En la fase religiosa, la pena surge como producto de la lucha entre el poeta y Dios a causa del pecado. Luego, será producto del debate entre el poeta y su amada, o entre él y la sociedad. Si en *Perito en lunas* la propia voz de Hernández no logra expresarse, desde luego, en los poemas sueltos (1933-34) acierta a establecer una cosmovisión definitiva, la de la pena. La larga búsqueda de autosuperación en que entrará Hernández se inicia precisamente en la poesía religiosa, donde la impureza del cuerpo se hace impureza del corpus poético. Y cuando empezamos a dar mayor importancia al motivo pecaminoso, será posible, entonces, liberarnos de la tendencia a someter la postura política original de Hernández a su formación ideológica posterior. Porque la cuestión imprescindible es observar hasta qué punto dejó de ser tradicionalista el Miguel Hernández progresista, de la misma manera que sería útil poner atención a la transición entre la veta transcendente y la inmanente de su poesía, en vez de sobreponer las nuevas sendas poéticas a los elementos originales.

Francisco Aggor

«Nací a principios de la última mitad de los noventa, en muy curiosas circunstancias, en un eneahexagrama, matemáticamente.»



Leonora Carrington.
México, hacia 1944

En México, hacia 1944